

## HOMERO ARIDJIS

### EL Y ELLA: JINETES BLANCOS

*Al fondo, a la izquierda, en un espejo aparecen reflejados el rey Felipe IV y la reina Mariana de Austria, la infanta Margarita María con sus enanos Mari Bárbola y Nicolás Pertusato, las meninas María Agustina Sarmiento e Isabel de Velasco, la señora de honor Marcela de Ulloa, un guardadamas, y en solitario esplendor, don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, con la mirada fuera de la representación, dirigida hacia el público. Cada figura ocupa en el espejo un sitio jerárquico, como si el orden palaciego hubiera continuado más allá de la vida en el espacio. No se oye ruido alguno, igual que si los sonidos hubiesen caído en una bolsa de silencio y sus cuerpos estuviesen fuera de la realidad, solamente pintados o reflejados.*

*Fuera del espejo, en una pieza principal sin techo, o en un corral que lo mismo puede ser del siglo XVII o del fin del mundo, está un hombre desnudo, de cuerpo blanco óseo, máscara blanca, sin pelo. A unos pasos de él, en un lecho de barro negro, que se confunde con el suelo negro, se distingue una mujer desnuda, de cuerpo blanco óseo, máscara blanca, sin pelo. El es Sebastián de Prado, ella Bernarda Ramírez, comediantes españoles que estuvieron activos a mediados del siglo XVII. Ambos personajes, a medida que transcurre la escena, se reventarán, se recargarán o se acostarán en la tiniebla o en el aire, sin que se sepa con exactitud adónde, ya que hay piedras metidas en la oscuridad, como si hubiesen enraizado en la noche misma. A menudo, por el enorme parecido físico entre ellos, se confundirán Sebastián de Prado y Bernarda Ramírez: él será la mujer, ella el hombre. La penumbra que los envuelve tiene algo de tranquilidad desgarrada, de tiniebla tronada. Cuando hablan, salen de la sombra.*

**Bernarda Ramírez:** ¿Este es el corral de la Cruz?

**Sebastián de Prado:** Es una pieza principal, ¿no ves?

**Bernarda Ramírez:** Más bien parece caverna.

**Sebastián de Prado:** ¿Qué hacías allí en la sombra?

**Bernarda Ramírez:** Soñaba que había ido a poner los carteles en los postes de la Puerta de Guadalajara y en la Plaza Mayor, y no había postes, los corrales estaban solos y todos los comediantes habían muerto.

**Sebastián de Prado:** No puede ser.

**Bernarda Ramírez:** Alguien había echado ceniza en mi cuerpo, y no podía quitármela. ¿Ese espejo está ennegrecido o el demonio ha tiznado mi cara?

**Sebastián de Prado:** Ni el espejo está ennegrecido ni el demonio ha tiznado tu cara, sólo te miras con los ojos de la muerte.

**Bernarda Ramírez:** ¿Cómo llegué aquí?

**Sebastián de Prado:** Tus propios pasos te trajeron.

**Bernarda Ramírez:** ¿Cómo saldré de aquí?

**Sebastián de Prado:** Por el camino de nadie, que es el de todos.

**Bernarda Ramírez:** Recuerdo, un lunes o un jueves de julio del año de 1624, ante un lienzo de la Virgen, que estaba en la calle del León, llegóse una tullida limosnara, de unos cuarenta años de edad, llamada Catalina Flores, esposa de un buhonero, Lázaro Ramírez; se paró ante la imagen de María para rezar una novena y se quedó dormida en el suelo. Cuando despertó se halló sana y corrió a comprar unos clavos para colgar sus muletas. Esa mujer era mi madre.

**Sebastián de Prado:** ¿Qué más?

**Bernarda Ramírez:** Bartolomé de Robles y Mariana de Valera, una pareja de comediantes, recogieron a su hija, yo.

**Sebastián de Prado:** ¿Tú?

**Bernarda Ramírez:** Pasado el tiempo él se quedó viudo y casó con la niña, yo. Bartolomé de Robles representaba con Roque de Figueroa y a los dieciocho años hice papeles de graciosa en su compañía.

**Sebastián de Prado:** El año de 1635 pasó la compañía de Roque de Figueroa a Nápoles, y de cuarta dama fuiste tú. Allí, ausente tu marido en Palermo, antes de embarcarse para tornar a España, Jerónimo López, duque de San Pedro, enamorado de ti te raptó y te llevó a Benevento, donde te tuvo cautiva más de dos años y te hizo dos hijos, Diego y Jerónima.

**Bernarda Ramírez:** Al volver a Madrid, muerto Bartolomé, casé contigo.

**Sebastián de Prado:** Conmigo, que hacía de galanes, hijo de Antonio de Prado, autor de comedias, y de Francisca de San Miguel.

**Bernarda Ramírez:** Morí joven, el veinticuatro de octubre de 1662. Se me enterró en los Trinitarios descalzos; hubo cura y misa cantada, ofrenda, responso, clamores, sepulturero y velas. Gastáronse 56 reales en mis honras.

**Sebastián de Prado:** Años después, entré en el convento del Espíritu Santo, me ordené de sacerdote y pasé a Roma. Acabé mis días en Liorna, el año del Señor de 1685.

**Bernarda Ramírez:** Cansada estoy de morir.

**Sebastián de Prado:** La vida tenía más de trescientas puertas y tenías que abrir la de la muerte.

**Bernarda Ramírez:** ¿He enflaquecido mucho? ¿Han perdido brillo mis ojos? ¿Mis pómulos están blancos? ¿Están peladas mis rodillas? ¿Mis pechos están llagados, mi vientre hundido?

**Sebastián de Prado:** Te veo un poco desmejorada, un poco lívida, un poco cadavérica, pero nada más.

**Bernarda Ramírez:** ¿Nada más?

**Sebastián de Prado:** Nada más.

**Bernarda Ramírez:** ¿Sueño que estoy muerta o estoy muerta de veras?

**Sebastián de Prado:** Me temo que en verdad estás muerta.

**Bernarda Ramírez:** ¿Te hice sufrir mucho en vida?

**Sebastián de Prado:** No demasiado.

**Bernarda Ramírez:** ¿Dónde estoy? ¿Dónde comienzo y dónde acabo?

**Sebastián de Prado:** No sé en qué clase de espectáculo te hallas, el cual, dicen, es comedia, teatro de sombras, de personajes fallecidos.

**Bernarda Ramírez:** Si no hay cuerpo no hay trama, si no hay calles no hay vida.

**Sebastián de Prado:** La trama está en las palabras, el principio y el fin se halla en la noche; nos representamos a nosotros mismos con recuerdos y razones, si pronunciamos bien las palabras ordenaremos el pasado, pondremos las cosas en su sitio.

**Bernarda Ramírez:** ¿Qué quieres decir con ello?

**Sebastián de Prado:** Que en las palabras existimos, por mal dichas que estén en ellas vivimos.

**Bernarda Ramírez:** Lamento mucho que tenga que pasearme por el mundo de esta manera tan descarnada y desvestida.

**Sebastián de Prado:** El papel de muerta se ha impuesto a tu cara, pareces acelga amarga.

**Bernarda Ramírez:** Los actores vestidos de muertos dan la impresión de estar más muertos que los que están tumbados en los cementerios.

**Sebastián de Prado:** Los muertos están demasiado muertos para imaginarse.

**Bernarda Ramírez:** Desprovistos de todo, podemos entregarnos sin límites a nuestra fantasía, pero habiendo tenido un cuerpo, padres, hijos, seguiremos en la trama del universo.

**Sebastián de Prado:** Nunca olvidaré el momento cuando te quité la máscara de la vida y quedó tu verdadera cara, cuando te arranqué la cara y quedó aire.

**Bernarda Ramírez:** Cuando me desnudaste toda y sólo

me dejaste el anillo de bodas.

**Sebastián de Prado:** La tuya fue una vida feliz.

**Bernarda Ramírez:** Un tanto breve.

**Sebastián de Prado:** Yo, cuando era niño, vi la cara de la muerte. Mi padre representaba la *Vida es sueño*. Durmía, lleno de una extraña oscuridad que me venía de adentro, abrí los ojos, sin saber si estaba vivo o muerto. Toqué el aire, vi las figuras de la invención que delante de mí representaban, y las sentí próximas, palpables. Toqué mis piernas, mi cabeza, oí las palabras que los comediantes decían, y los sentí intangibles, lejanos. Lo distante se acercaba, lo cercano se alejaba. Grité.

**Bernarda Ramírez:** La muerte no tiene cara, soñabas. Ahora estás despierto, hablemos de la vida, de la salida del Sol al amanecer.

**Sebastián de Prado:** (*Todavía en su visión.*) En medio de todos y de todo, descubrí para siempre que la figura que medita sobre la muerte es la muerte misma.

**Bernarda Ramírez:** ¿Oyes? Alguien escucha detrás de nosotros.

**Sebastián de Prado:** En este corral oscuro no hay nadie.

**Bernarda Ramírez:** Sí, está alguien.

**Sebastián de Prado:** ¿Quién puede ser?

**Bernarda Ramírez:** Jerónimo López, el duque de San Pedro.

**Sebastián de Prado:** ¿El hombre que te raptó en Nápoles y te tuvo cautiva en Benevento? ¿Apareció otra vez aquí?

**Bernarda Ramírez:** Siempre aparece, por más que le digo que está muerto, que no está soñando, que se vaya. Pero no me hace caso, quiere seguir conmigo.

**Sebastián de Prado:** He de matarlo.

**Bernarda Ramírez:** Ya está muerto.

**Sebastián de Prado:** He de hacerlo de nuevo, hasta que no quede de él huella en el espacio.

**Bernarda Ramírez:** Nunca lo amé. El me amaba, me espiaba, me ocultaba. Su pasión es una locura, sus días y sus noches giran sin reposo.

**Sebastián de Prado:** Su amor te hace dos hijos.

**Bernarda Ramírez:** Mis protegidos.

**Sebastián de Prado:** En tu testamento los pondrías de herederos.

**Bernarda Ramírez:** Por caridad.

**Sebastián de Prado:** También la castidad engorda y pare hijos en su momento.

**Bernarda Ramírez:** La muerte cancela todos los litigios, acaba con los celos. La pena última borra todas las penas.

**Sebastián de Prado:** (*Se para frente a una pared oscura, igual que si mirara por una ventana.*) Me temo que aquí no tendremos otra ocupación que devorarnos a nosotros mismos.

**Bernarda Ramírez:** ¿Nos ves en la pared?

**Sebastián de Prado:** Veo nada, el mundo nos ha borrado. Los vivos se hablan por encima de nosotros, a través de nosotros; nos ignoran, nos niegan; se platican en un presente en el que no existimos. La vida sucede en otra parte, como en una calle en un grabado: pasa delante de nosotros, impenetrable, atónita, perdida.

**Bernarda Ramírez:** Sin duda ya todos nuestros conocidos nos dan por muertos.

**Sebastián de Prado:** Pasan los años y no nos dimos cuenta que pasaron. Lo mejor de todo estará fuera de nues-

tro alcance, aconteció a los otros.

**Bernarda Ramírez:** ¿Qué más ves en la pared?

**Sebastián de Prado:** Me he visto a mí mismo, y no me creó.

**Bernarda Ramírez:** ¿Te has visto a ti mismo?

**Sebastián de Prado:** En Madrid iba por la calle del Príncipe, por la de Francos, por la del Pez, por la de Cantarranas, por la del Sordo y la de la Lanza, por todas al mismo tiempo, por todas invisible y sin saberlo, transparente y como si no existiera.

**Bernarda Ramírez:** ¿Atravesabas las paredes, los árboles, las gentes?

**Sebastián de Prado:** Atravesaba todo, y no sentía nada, no me dolía nada.

**Bernarda Ramírez:** Mis ojos traspasan tu cuerpo.

**Sebastián de Prado:** Y los míos el tuyo.

**Bernarda Ramírez:** ¿Qué más ves en la pared?

**Sebastián de Prado:** Al amanecer, en una ciudad desconocida, veo a cuatro esqueletos barriando una calle; al mediodía, en medio de un llano, veo a una mujer bajarse de un tren; en una hora blanca, indeterminada, veo a un hombre ascender la cima nevada de un volcán, y, en la oscuridad de una cama, veo a una pareja sin rostro hacer el amor. En todas partes veo la *copala mundi*.

**Bernarda Ramírez:** Más cerca de nosotros, ¿qué ves en el tiempo, qué ves en Madrid?

**Sebastián de Prado:** Puesto el sol, atravesando una plaza, vienen cinco hermanas con los pechos apretados por una faja, que se ponen para que no les crezca más de lo debido y dejen de parecer pequeños y hermosos. Camino de la iglesia vislumbro a dos mujeres rosario en la cintura, *Agnus Dei* sobre las mangas y relicarios en los cinturones. Parece que no pisan el suelo, ocultos los pies bajo la larga falda de tafetán negro. Enseñar el pie, para ellas, es el último favor.

**Bernarda Ramírez:** Déjame ver las sombras que ellas llaman cuerpo, las jaulas invisibles que llaman su día. Hablamos de la manera que hablan, con las manos, con los ojos, con la cara, y con movimientos que dicen más que sus palabras.

**Sebastián de Prado:** Oigamos el tiempo que atraviesa las ventanas cerradas y los cuerpos tapiados, miremos la canción irrecuperable de la vida.

**Bernarda Ramírez:** Imagino, señor, que los fantasmas no son más que criaturas a las que se les ha acabado su tiempo y quieren seguir viviendo.

**Sebastián de Prado:** Imagino, señora, que somos semejantes a ellos, que vemos a los vivos hablar y moverse, y al hacerlo nosotros lo hicimos como ausentes.

**Bernarda Ramírez:** Descubriremos como siempre que todo lo que haremos pasó, sucede en la memoria.

**Sebastián de Prado:** De un tiempo para acá, los días vienen de mí mismo. Días que suenan como batir de alas, hojas secas o pasos en la arena. (*Mira por la pared.*)

**Bernarda Ramírez:** Ya deja de observar la vida que no te pertenece, de hurgar en los cuerpos que se escapan de ti. Quédate en tu sueño, cierra los ojos, duerme; no veas más este esplendor que te hace daño.

**Sebastián de Prado:** No quiero soñar, no quiero dormir.

**Bernarda Ramírez:** Avientate entonces al vacío.

**Sebastián de Prado:** Para mí no hay vacío en ninguna parte.

**Bernarda Ramírez:** Pareces un ahorcado.

**Sebastián de Prado:** Tú, una gata perida.

*De espaldas, se paran uno junto a otro, callados. Pasan atrás de ellos, en silencio, como en un transcurrir fuera del tiempo, un hombre con los pedazos de ropa húmedos pegados al cuerpo, un hombre vendado de los pies a la cabeza, una mujer con cabeza de pulpo, chupada, hervida, un hombre con el cuero cabellado igual a un tendido de alambres, una mujer colorada con un bebé muerto pendiente de una teta seca, un hombre con las costillas visibles y las manos azules. Se oye un planto fúnebre.*

**Bernarda Ramírez:** ¿Oyes? Lloran por ti.

**Sebastián de Prado:** No, lloran por ti.

**Bernarda Ramírez:** Esas figuras no son reales, son avisos de algo atroz que sucedió o sucederá.

**Sebastián de Prado:** Nada más hay que ver lo que el hombre es capaz de producir.

**Bernarda Ramírez:** Olvida, olvida. (*Lo atrae hacia ella, hacia el lecho de barro. Las figuras desaparecen.*)

**Sebastián de Prado:** "Vuelve a amar, vuelve a amar", dijo la doncella en su sueño, pero al querer él abrazarla no hubo amor, no hubo doncella. "Por favor, por favor, vuelve a mí, vuelve al lecho", dijo él, pero al abrir ella los ojos no había lecho; no había él, porque no hay puerta que conduzca al pasado.

**Bernarda Ramírez:** (*Con voz masculina.*) Mira, tenemos una cantidad incontable de noches para amaros, un número sinnúmero de días para entrar en nosotros, sin saber quién es la mujer, quién es el hombre; confundidos los días con las noches, las horas con los años, los lustros con los siglos, los siglos con los cuerpos.

**Sebastián de Prado:** (*Con voz femenina.*) Ven aquí, a este deseo de ahora.

**Bernarda Ramírez:** (*Con voz masculina.*) Te ves muy elegante así, con tu traje de sombras.

**Sebastián de Prado:** Te veo pensar, el pecho abuelto, el corazón perdido.

**Bernarda Ramírez:** (*Con su propia voz.*) Me embellezo para ti, aún en la muerte.

**Sebastián de Prado:** Estás más radiante que nunca.

**Bernarda Ramírez:** Recuerdo, cuando tu sombra se proyectaba sobre mi cuerpo como sobre una pared clara, parece que veía... tu espectro en un espejo negro. Ahora, la sombra en el suelo eres tú, la silueta de pie es la sombra.

**Sebastián de Prado:** El cuerpo se ha desvanecido, la sombra se ha hecho cuerpo.

**Bernarda Ramírez:** No perdamos más el tiempo con palabras, ámame.

**Sebastián de Prado:** Bernarda.

**Bernarda Ramírez:** Sebastián.

**Sebastián de Prado:** Te amo.

**Bernarda Ramírez:** Bésame

**Sebastián de Prado:** ¿Dónde?

**Bernarda Ramírez:** En la boca, en la oscuridad, en la frente, en la nada.

**Sebastián de Prado:** (*La besa.*) ¿Son estos labios aquellos que besé tan a menudo? ¿Es esta boca que temblar solía? ¿Son aquellos los ojos que fulguraron en los míos?

**Bernarda Ramírez:** No hables más, acuéstate a mi lado.

**Sebastián de Prado:** Casi palpo el recuerdo, cuando quité las calzas rojas de tus piernas blancas, te levanté la camisa y

te desnudé toda. Casi te toco en la memoria aquella noche, bésame.

Bernarda Ramírez: Hoy como aquella noche te dejé hacer. Bésame.

Sebastián de Prado: No dices nada, me dejaste hacer, con la misma mirada, en la misma desnudez.

Bernarda Ramírez: Bésame, así; árame, así, y vivirás de nuevo.

Sebastián de Prado: En la pieza te bañabas y yo entré, caminé en torno de ti, cercándote. Eras como un ave mojada con el plumaje mojado sobre la espalda mojada. Recuerdo tu mirada temblorosa a la luz de las candelas.

Bernarda Ramírez: ¿Nos quedaremos para siempre juntos?

Sebastián de Prado: Quizás, cien años.

Bernarda Ramírez: O mil.

Sebastián de Prado: O un millón de años.

Bernarda Ramírez: O un instante más.

*En la penumbra cenicienta, sus siluetas se hacen una sola, y, poco a poco, sus ojos se encienden, verdes, amarillos, como de animales en la noche. Por un rato, las luces de sus miradas se mueven, se unen y se separan en la oscuridad que los envuelve.*

Sebastián de Prado: Pensar que en este momento en Madrid sólo eres un montón de huesos.

Bernarda Ramírez: Y tú, en alguna parte, un puñado de cenizas.

Sebastián de Prado: ¿Oyes? Aún aquí el tiempo pasa.

Bernarda Ramírez: Aquí no pasa nada, ya pasó para nunca.

Sebastián de Prado: ¿Como aquella noche?

Bernarda Ramírez: Como aquella noche.

Sebastián de Prado: ¿Sabes? Podría ser feliz contigo siempre, por las calles de Madrid y en este corral de sombras, siempre.

*Los ojos de ambos se apagan, sus cuerpos se encienden.*

Bernarda Ramírez: Había tanta vida ese año de 1647 cuando llegué de Nápoles con vestidos y joyas.

Sebastián de Prado: Tendría veintitrés años y me casé contigo. Me deslumbraba mucho tu manera de vestirte, tu peinado, tu meneo.

Bernarda Ramírez: Aquel miércoles de enero del año de 1657, cuando en Madrid llovió a cántarus, fue para nosotros un día de fiesta.

Sebastián de Prado: Comíamos, bebíamos, representábamos juntos en la compañía de Diego Osorio, y en la de mi padre, Antonio de Prado, para quien don Pedro Calderón de la Barca escribió la *Vida es sueño*. Mi padre actuó el rey Basilio y mi hermano hizo Segismundo, de modo que padre e hijo se enfrentaron en la vida y en la invención.

Bernarda Ramírez: Como decía la loa:

*Mas a la fe, compañía,  
que los sueños, sueños son.*

Sebastián de Prado: Mas después de todos estos años una cosa me es cierta, que la vida no es sueño.

*Entra Juan Rana, gracioso, con capa de charlatán, sombrero, fusil al hombro y una rana en la mano izquierda, que por momentos sube por su panza, por sus brazos, por sus hombros o va asida a una de sus piernas. La rana, color verde con pintas pardas, tiene ojos saltones que abre y cierra continuamente. Glotona, parece comer todo el tiempo gusa-*

*nillos e insectos invisibles al ojo.*

Juan Rana: (*Sin ver a Bernarda Ramírez ni a Sebastián de Prado, que lo observan desde la penumbra.*) ¿Estoy acaso en la región etérea, en la región de las primeras vías? ¿Me hallo por azar en el reino de los muertos o simplemente en un corral oscuro? (*Tantea a su alrededor. Pregunta al vacío.*) ¿Amortajaditos hay? ¿No hay muertitos por aquí? (*Nadie contesta.*) ¿No hay ánimas en pena de graciosos desventurados y damas afortunadas? (*Palpa la oscuridad, como si ésta fuese física, cerceana.*) ¿No hay puertas, no hay ventanas que den a la luz del día? ¿No hay pasos, no hay calles que lleven de un corral a otro? ¿Toda la oscuridad que hay aquí es mía? (*Se detiene, cuenta con los dedos.*) Dos vueltas a la esfera, hace cinco años de menos. Cuatro vueltas a los años, hace tres vueltas de más. Barájame la más despacio, no lo entiendo.

Sebastián de Prado: (*Desde la penumbra.*) Yo tampoco.

Juan Rana: ¿Quién está allí?

Sebastián de Prado: Yo.

Juan Rana: ¿Quién es yo? ¿Yo es estantigua, trasgo, figura de bulto o humano?

Sebastián de Prado: Yo es Sebastián de Prado.

Juan Rana: Y allá, ¿quién es yo?

Bernarda Ramírez: Bernarda Ramírez.

Juan Rana: ¿Mi mujer en la burla?

Bernarda Ramírez: Casi aquella.

Juan Rana: ¿Representáis en esta pieza principal el entremés de los muertos vivos?

Bernarda Ramírez: ¿A estas horas de la noche, que se han quedado iguales?

Juan Rana: A nuestro parecer, cualquier tiempo fue bueno para representar en los corrales de Madrid.

Bernarda Ramírez: Decídme, ¿de dónde venís ahora? ¿Anunciáis lluvia con esa rana?

Juan Rana: Si no me equivoco, vengo de actuar en las fiestas del Buen Retiro. Por lo demás, soy casi todo pulmón.

Sebastián de Prado: O renacuajo.

Juan Rana: Como dice el refrán, el mejor espejo es un viejo amigo.

Bernarda Ramírez: ¿De veras sois Juan Rana?

Juan Rana: El mismo, de memoria muy esclarecida. Mas, muerto Juan Rana, quisiera ser Cosme Pérez.

Sebastián de Prado: Os oí hablar con alguien, ¿estabáis solo?

Juan Rana: Estaba conmigo antes que vos viniérais.

Bernarda Ramírez: ¿De veras sois Juan Rana?

Juan Rana: Lo era, mas está muy deferente.

Sebastián de Prado: Sabe pues.

Juan Rana: Contadme.

Bernarda Ramírez: Nada, no sois Juan Rana.

Juan Rana: ¿Todavía lo dudáis? ¿No soy acaso una pintura de mí mismo y en un marco estoy metido?

Sebastián de Prado: Para decir la verdad, sólo veo un retrato lleno de polvo.

Juan Rana: Y yo, ya no sé si soy éste o soy el otro; digo, el original o el cuadro.

Sebastián de Prado: Sois feo.

Juan Rana: ¿Nunca os habéis mirado en un espejo?

Sebastián de Prado: En aquel, a menudo, pero a nadie he visto con las trazas con que ahora os veo.

Juan Rana: (*Aparte.*) ¿Soy feo? No lo creo.

Sebastián de Prado: No lo digo por ofenderos, pero parecéis persona del otro mundo.

Juan Rana: *(Aparte.)* ¿Difunto soy? No creo. Pero por mi apariencia infiero que me observo un poco ceniciento.

Bernarda Ramírez: ¿Qué nuevas traéis de allá abajo... o de allá arriba, según estéis parado?

Juan Rana: Prado está preso.

Sebastián de Prado: ¿Yo preso?

Juan Rana: *Lo que me huelgo.*

*que siempre lo quise mucho.*

Sebastián de Prado: Estoy de acuerdo, ¿qué más?

Juan Rana: Por no cansaros, acabo mi cuento aquí.

Sebastián de Prado: Proseguid, os ruego.

Bernarda Ramírez: Oídme.

Juan Rana: Soy todo ojos.

Bernarda Ramírez: Dícese que cuando fuisteis niño os querían chupar las brujas, ¿es cierto?

Juan Rana: Dícese, *mas ya está muy deferente.*

Sebastián de Prado: Hablad claro, porque empiezo a cansarme.

Juan Rana: Clara es la noche, claro es el día, clara es la voz, clara es la Verdad, claro es el caldo, claro es el Entendimiento, clara es la luz de la figura en la sombra azul de la pintura.

Bernarda Ramírez: ¿Habéis visto?

Juan Rana: ¿Qué?

Bernarda Ramírez: *(Señalando al espejo.)* El Rey está allí presente.

Juan Rana: ¿Dónde?

Bernarda Ramírez: En el espejo.

Juan Rana: Y yo difunto y con estas trazas.

Bernarda Ramírez: Juan Rana,

*¿No te acuerdas que en las tablas bailamos los dos un tiempo?*

Juan Rana: No me acuerdo.

Sebastián de Prado: Rapagón os veo.

Juan Rana: *(Se quita el sombrero y se lo vuelve a poner.)* La muerte me ha rapado.

Sebastián de Prado: Esquelético estáis.

Juan Rana: *(Se abre y cierra la capa.)* La muerte me ha pelado.

Bernarda Ramírez: ¿A mi amado Juan Rana, la figura del donaire, el ingenio personificado, el señor de la graciosidad?

Sebastián de Prado: *(Lo mide de arriba abajo.)* Estáis gordo, se podría decir que la muerte no os adelgazó.

Juan Rana: He comido a mis anchas polvo y sombras.

Sebastián de Prado: Veo que el buen comer es la huella más visible de todos vuestros excesos.

Juan Rana: Aunque no lo creáis, mi vientre ha crecido con el ayuno.

Sebastián de Prado: Tu panza fue tu Dios.

Juan Rana: Mi cuerpo fue una panza que camina.

Sebastián de Prado: El único reloj exacto fue el de tu apetito, el hambre marcó tus horas.

Juan Rana: Dije como San Pablo: Aunque las pérdidas me gustan vivas, no puedo impedir no saborearlas muertas.

Sebastián de Prado: Muy vivo de apetito os veo, ¿no estábais muerto?

Juan Rana: No puedo morir, que si muriera se acabaría la graciosidad.

Sebastián de Prado: ¿Traéis la máscara de la risa puesta?

Juan Rana: Nunca pude arrancármela.

Bernarda Ramírez: ¿Qué nuevas traéis de Madrid?

Juan Rana: Corpus Christi prosiguió a Carnestolendas, Cuaremas se anticipó a Semana Santa, los partos reales sucedieron a otros partos reales, el Rey se mantuvo activo y la Reina preñada.

Bernarda Ramírez: Quise decir, ¿qué nuevas traéis de la vida?

Juan Rana: ¿De la vida? Acabé con ella.

Sebastián de Prado: O ella acabó contigo.

Juan Rana: Antes de hacerlo, pasé por todas las aduanas de los vivos, anduve por los caminos de los muertos, frecuenté las tabernas cálidas de una dueña chica. Hice y acontecí, allende y aquende.

Sebastián de Prado: Fanfarrón eres, Cosme Pérez.

Juan Rana: Un hombre nace cuando sabe quién es. Yo nací cuando me llamé Juan Rana. Al verme preso en este cuerpo quise salir huyendo, pero me topé conmigo y desde entonces no me suelto.

Sebastián de Prado: Contadme en dos palabras vuestra historia.

Juan Rana: Un día nací en Madrid, al morir el siglo XVI. Un día me casé con María Acosta. Un día tuve una hija, Francisca María, y un hijo, que murió en la calle del Niño. Un día quedé viudo, entré en la compañía de Pedro de la Rosa para representar el papel principal de la graciosidad. Un día me llamé Juan Rana: como tal fui alcalde, doctor, fénix, poeta y hombre entre setenta mujeres. Un día hice reír al Rey, que se tapa la risa con un guante. Un día me alejé del teatro, me recluí en mi casa de la calle de Cantarranas. Un día murió mi hija. Otro día mi sobrina. Un día, a los ochenta años, me llevaron en silla de manos a Palacio para ver a la Reina. Un día en las fiestas del Retiro me sacaron en un carro con cajas y trompetas, coronado como máximo gracioso, seguido por infinito pueblo. Un día, inmóvil y casi mudo, representé por última vez. Un día dejé tres mil cuatrocientas misas, recibí los Santos Sacramentos, entregué mi ánima a Dios. Un día veinte de abril de mil seiscientos setenta y dos, en Madrid, en la calle de Cantarranas. *(Empieza a salir.)* Ahora, nada más por rugir, nada más por croar, todo por irse.

Sebastián de Prado: *(Le cierra el paso.)* Os ruego, no partáis de carrera.

Juan Rana: Tengo prisa, ¿qué más queréis saber?

Sebastián de Prado: Muchas cosas.

Juan Rana: Confiaré en vos mi hacienda y mi secreto. Oídme.

Sebastián de Prado: Os escucho con el corsazón en las manos.

Juan Rana: *(Piensa en vano.)* No puedo revelaros nada, perdí los memoriales.

Sebastián de Prado: Haced memoria.

Juan Rana: No puedo, estoy remoto.

Sebastián de Prado: Tenéis memoria de gallo.

Juan Rana: Ciertamente.

Sebastián de Prado: Noticia pasada sois.

Juan Rana: Sin duda.

Sebastián de Prado: Con esa risa tonta no podíais haber sido más que gracioso; con esa cara obsoleta...

Juan Rana: Un momento... Estuve en un sueño, pero se me olvidó.

Bernarda Ramírez: Oh, Dios, parece que fue ayer que anduve por las calles de Madrid.

Juan Rana: Y yo que me puse las calzas y la capa del gracioso, y yo que aprendí el arte de la graciosidad con Tomás Fernández Cabredo.

Sebastián de Prado: (A Juan Rana.) ¿Estáis muerto o fingís estarlo?

Juan Rana: Aquí está mi bulto fallecido, en silencio elocuente.

Sebastián de Prado: ¿Cómo sucedió que estáis difunto?

Juan Rana: Iba yo por las calles estrechas de Madrid con la garganta seca de la sed y los labios partidos del frío; iba yo de curral en curral, sin tomar el mundo como un escenario sino el escenario como un mundo. Ríanse de mí, soy gordo.

Sebastián de Prado: Qué va, habéis enflacado un poco.

Juan Rana: Después de tantos azares, la muerte conservó mi figura.

Sebastián de Prado: ¿De truhán o chocarrero?

Juan Rana: De gracioso, con mucha cortesía, experto en las dos maneras de burlar, la sucia y la ingeniosa, pero más en decir donaires con diente y sin diente.

Sebastián de Prado: Habláis como un fantasma de Juan Rana.

Juan Rana: Dejé atrás el espectro.

Sebastián de Prado: ¿Sabéis? Mi padre fue Antonio de Prado.

Juan Rana: Párate en tu propia luz.

Sebastián de Prado: (Aparte.) Ya lo decía yo, el que se acuesta con pulgas se levanta hecho un perro.

Juan Rana: (Vase.) Bueno, nada más por comentar, nada más por graznar, todo por irse.

Bernarda Ramírez: Vaya con Dios, Juan Rana, que ya nuestra boda está acabada.

Juan Rana: (Su destino, se vuelve hacia ella, actúa.) Yo soy el Sueño.

Bernarda Ramírez: (Actúa.) Yo soy la Noche.

Juan Rana: Te soñaba.

Bernarda Ramírez: Te tenía.

Juan Rana: Hablo para mañana.

Bernarda Ramírez: Hablo para el pasado.

Juan Rana: Allí como acá, el tiempo.

Bernarda Ramírez: Acá para allá, la vida.

Juan Rana: *Matachín, que en días como éste,*

*matachín, que es día de chanza;*

*matachín, que el Tiempo no es tiempo,*

*matachín, que el Tiempo es Juan Rana.*

Bernarda Ramírez: *Matachín, que en días como éste,*

*matachín, que es día de chanza;*

*matachín, la vida es alegre,*

*matachín, la vida es Bernarda.*



Felipe IV: (Su voz, desde el espejo.) Si oigo la 'comedia y no me agrada os he de despedir.

Juan Rana: ¿De quién es esa voz?

Felipe IV: (Desde el espejo.) Yo metido en esta voz y escondido en este espejo toda la fiesta he de ver.

Juan Rana: Sal de allí, voz escondida.

Felipe IV: ¿Quién da órdenes a un Rey?

Juan Rana: Llamo a una voz, no a un Rey.

Felipe IV: Pues sucede que la voz es un Rey. (Sale del espejo.) Aquí estoy, para qué soy bueno.

Sebastián de Prado: Bienvenido, señor Rey, a este curral de sombras.

Felipe IV: ¿Es invierno aquí? ¿Tenéis calderillas con brasas?

Sebastián de Prado: No es invierno, señor, es la muerte.

Felipe IV: ¿Sobrevino la noche?

Sebastián de Prado: ¿No os habéis dado cuenta?

Felipe IV: Solamente por los gatos pardos. (A Juan Rana.) ¿Cómo os llamáis, señor gracioso?

Juan Rana: Juan Rana.

Felipe IV: ¿Mi querido Juan Rana? Mentís, sin duda.

Juan Rana: No miento, aunque a la verdad estoy muy deferente.

Felipe IV: ¡Mentís de cuerpo entero!

Juan Rana: Lo soy, os juro, pero morí un día y estoy aquí como si estuviera allá, allá como si estuviera aquí.

Felipe IV: Empiezo a comprender... ¿Sóis un retrato vivo de Juan Rana?

Juan Rana: Entonces, ¿os acordáis de mí?

Felipe IV: Asaz, pero decidme, ¿os place estar muerto?

Juan Rana: A la verdad, estoy muy dolioso.

Felipe IV: ¿Qué más?

Juan Rana: ¿Qué más?

Felipe IV: Sí, más que, tanto que, para que.

Juan Rana: Me queda chica la muerte y grande esta caverna, ahito estoy de ella.

Felipe IV: ¿De la caverna o de la muerte?

Juan Rana: De ambas una.

Felipe IV: ¿Una?

Juan Rana: Sí, de la que me queda chica.

Felipe IV: ¿Cómo fue que os volvistéis muerto, si estabais bien el otro día cuando os vi en palacio?

Juan Rana: Fue de repente: enfermedad, vejez, confesión, unción y entierro vinieron juntos. Fue de repente.

Bernarda Ramírez: (A Felipe IV.) ¿Traéis nuevas de Madrid?

Felipe IV: Sí, en la villa todos los días amanece, todos los días anochece y todos los días salen gentes a la calle.

Sebastián de Prado: ¿Qué más, aparte de eso?

Felipe IV: El Sol alumbrá las paredes y los tejados de las casas, las hierbas y los árboles de las huertas, y uno que otro perro y uno que otro puero.

Bernarda Ramírez: Grandes novedades son éstas, pero contadme más.



Felipe IV: Noticias me han traído a ultratumba de que se abrieron los corrales de la Cruz y del Príncipe.

Sebastián de Prado: Contadnos, señor, quiénes de nuestros amigos han muerto.

Felipe IV: Murió Lope de Vega y Carpio, murió Bernarda Ramírez, murió Juan Rana, murió Pedro Calderón de la Barca, murió María de Ceballos, murió Josepe del Peral, murió la reina doña Isabel de Borbón, murió el príncipe Baltasar Carlos, morí yo, mataron a...

Sebastián de Prado: Basta, ahito estoy de muertes.

Juan Rana: A ver cuándo traéis la nueva de que murió la Muerte.

Felipe IV: Un día, ciertamente.

Bernarda Ramírez: Decidme, ¿los comediantes han muerto, los graciosos y las damas son polvo?

Felipe IV: Eso me temo, señora.

Bernarda Ramírez: ¿La ausencia está aquí presente, la muerte es aquí palpable?

Felipe IV: Todos los comediantes han muerto.

Bernarda Ramírez: ¿Se acabaron los sueños, se acabó el donaire?

Sebastián de Prado: Para tan malas nuevas, os veo tranquilo.

Felipe IV: El mar está calmo hasta que se atormenta.

Juan Rana: (*Aparte.*) Al menos, viví lo que pude, comí hasta más no poder y olvidé lo perdido.

Felipe IV: ¿Qué queréis ser ahora?

Juan Rana: Hombre, mujer o nadie... o lo que Vuesa Merced desée.

Felipe IV: Tened fe y os llegarán arruflos de vida.

Juan Rana: Viva Vuesa Merced mil años.

Sebastián de Prado: (*Aparte.*) Ya lo dije una vez, no hay peor abismo que uno mismo.

Felipe IV: ¿Qué habéis dicho?

Sebastián de Prado: Nada.

Juan Rana: Me voy allá, allá también hay mundo.

Felipe IV: ¿Qué queréis decir con ello?

Juan Rana: Que soy difunto.

Felipe IV: Lo pasado pasado, representad una última vez, os ruego.

Juan Rana: No puedo. Por más que quiero figurarme no puedo.

Felipe IV: Decid entonces vuestros pensamientos más ocultos.

Juan Rana: ¿Aunque os duela mucho?

Felipe IV: Decidlos, no os quedéis allí como tonto en vísperas.

Juan Rana: Me come la risa.

Felipe IV: ¿No tenéis boca? Hablad.

Juan Rana: Brum, paxc, licx.

Felipe IV: ¿Es todo?

Juan Rana: Sí.

Felipe IV: (*A Sebastián de Prado.*) Y vos, ¿qué hacéis allí?

Sebastián de Prado: Trato con Dios.

Felipe IV: ¿Y vos?

Bernarda Ramírez: Yo como barro.

Felipe IV: ¿Qué horas serán?

Juan Rana: La eternidad han dado, señor.

Felipe IV: Tengo una queja.

Juan Rana: ¿Cuál, señor?

Felipe IV: De la Reina.

Juan Rana: ¿Cuál, señor?

Felipe IV: Que en los tálamos reales se conciben muchas hembras.

Juan Rana: ¿De allí el regocijo, las fiestas, las comedias?

Felipe IV: No, de allí la queja.

Juan Rana: No, me digáis más, mis orejas tienen paredes.

Felipe IV: Por no decir la verdad, os diré otra cosa.

Juan Rana: ¿Lo peor viene detrás, todavía no sucede?

Felipe IV: No pagaré la deuda que nunca prometí.

Juan Rana: Sabía que vuestras razones no estaban llenas de peros y nos.

Felipe IV: Como os había dicho, la panza hambrienta no tiene moral.

Sebastián de Prado: (*Aparte.*) Mucho gesto, pero poca gracia.

Juan Rana: (*A Felipe IV.*) No os molestéis, *mas todo es cosa de risa.*

Felipe IV: Aún para gracioso estáis muy gordo.

Juan Rana: La mano que te hizo a ti flaco me hizo a mí gordo.

Felipe IV: No habléis más, me duele la mirada. Tu retrato no se queda un momento quieto: gestos, palabras, ademanes lo sacuden entero.

Sebastián de Prado: ¿No es verdadero el sueño?

Felipe IV: Sin duda, o casi, pero a cada uno le es dado el sueño que merece. (*A Juan Rana.*) ¿Quién sois vos, de nuevo?

Juan Rana: Juan Rana, señor, uno de aquellos que en la vida tuvieron por oficio ser graciosos.

Felipe IV: (*A Bernarda Ramírez.*) ¿Quién sois vos, que se me ha olvidado?

Bernarda Ramírez: Fui graciosa, aunque algunos me llamaron chocarrera. Porque debéis saber, señor, que en lo que en el hombre es gracia en la mujer es chocarrería.

Felipe IV: (*A Sebastián de Prado.*) Y vos, ¿quién sois?

Sebastián de Prado: Fui el galán Sebastián de Prado.

Felipe IV: No os veo dichoso, pero tampoco desdichado. (*A Bernarda Ramírez.*) Más debo a chocarreros que a hombres discretos. (*A Juan Rana.*) Representad, os ruego.

Juan Rana: *Vengan a ver la loa, vengan aprisa, y verán que Juan Rana muere de risa.*

Felipe IV: Mejor representad esto:

*Vengan a ver la loa que hace Juan Rana, que es de seis personas, y él solo es tantas. Vengan a ver la loa que hace seis personas una persona.*

Una voz desde adentro: ¿Quién sale?

Otra voz: La Muerte.

Primera voz: ¿Quién es la Muerte?

Segunda voz: Yo. (*Entra Mariana de Austria, como la Muerte.*) ¡Ah, qué de amigos que veo! ¿Formáis nueva compañía? ¿Hay otros graciosos aquí, hay otras damas?

Sebastián de Prado: Vos sois la única Reina.

Mariana de Austria: ¿No sois acaso vos...?

Sebastián de Prado: ¿Sebastián de Prado?

Mariana de Austria: El mismo comediante.

Sebastián de Prado: Soy una sombra de él.

Felipe IV: (A Mariana de Austria.) ¿Sois doña Mariana de Austria o sois la Muerte?

Mariana de Austria: Soy yo misma, pero más la Muerte... Y vos, ¿quién sois?

Felipe IV: Yo fui vuestro esposo, el Rey Felipe IV.

Mariana de Austria: ¿Qué hacéis aquí?

Felipe IV: Estar muerto.

Mariana de Austria: ¿Cómo habéis cambiado!

Felipe IV: ¿Me reconocéis, entonces? ¿Os acordáis de nuestra vida juntos? (Trata de cogerle la mano.)

Mariana de Austria: (Lo rechaza, con otra voz.) Esa mujer fue tuya, ahora es mía.

Sebastián de Prado: (Aparte.) Extraños comediantes somos, que aún difuntos no dejamos de representar y en el umbral del último sueño todavía decimos verdad.

Mariana de Austria: Presiento que la comedia ha terminado, sin trama alguna y sin mayor conflicto.

Juan Rana: (Aparte.) Presto heredaré la máscara de la risa a otro gracioso, para que siempre haya risa en el mundo.

Felipe IV: (A Juan Rana.) Nos queda poco tiempo, representad por última vez, os ruego.

Juan Rana: No puedo. Siento al principio las cosas, pero luego se me olvidan.

(Desde el espejo, alguien canta esta copla):

*Asómate á esa vergüenza,  
cara de poca ventana,  
y dame un jarro de sed  
que vengo muerto de agua.*

Juan Rana: ¿Alguien canta por mí? ¿Será mi sed? (De pronto reconoce a Mariana de Austria.) ¿Vos sois la Reina?

Mariana de Austria: La misma, tocadme, si dudáis.

Juan Rana: Con sólo veros se me aclaró la voz.

Mariana de Austria: ¿De cuándo acá andáis difunto? La última vez que os vi, ¿no estabais vivo?

Juan Rana: Vivo estaba, pero me descuidé. Estoy muerto. Ando tan pobre como los comediantes de antaño, que en un saco llevaban todas sus pertenencias.

Mariana de Austria: La Muerte os pintó de olvido y de tal manera os dio alcance que os dejó todo abollado.

Juan Rana: Mi madre nunca me dijo que la Muerte corría tanto para atrás, que borraba las palabras y pisaba las huellas.

Mariana de Austria: (Con otra voz.) Acabados son cuentos.

Sebastián de Prado: Incapaz de persistir en mi locura, salgo de escena.

Mariana de Austria: Quedaos allí.

Felipe IV: Yo también quiero representar, ¿hablaré con una voccecita o voznaré?

Sebastián de Prado: Lo hacéis muy mal.

Felipe IV: Otra vez caí en el mismo engaño, la experiencia no es una maestra.

Mariana de Austria: (Con otra voz.) Cállate ya, carne de grajo. (Con voz suave.) No os incomodéis, haced como en palacio.

Felipe IV: Bien sabéis que no hablo con facilidad, pero las coronas que daría por sentir el aire sobre mi cara.

Mariana de Austria: (Aparte.) Pallida mors aequo pulsat

*pede pauperum tabernas regam quae turris. (Al grupo.)* ¿Quién fue la última persona en morir aquí?

Juan Rana: Yo, señora.

Mariana de Austria: ¿Otra vez tú?

Juan Rana: El finado Juan Rana.

Mariana de Austria: Venid aquí.

Juan Rana: Estoy allá, me voy de viaje.

Mariana de Austria: ¿Os váis de viaje?

Juan Rana: Sí, a otra parte y a otro cuerpo.

Mariana de Austria: ¿Quién os dio licencia?

Juan Rana: Yo mismo.

Mariana de Austria: Volvéos acá.

Juan Rana: Me vuelvo.

Mariana de Austria: Quédate fijo allí.

Juan Rana: Cata la cruz.

Mariana de Austria: No me hace efecto.

Juan Rana: Me resistiré hasta el último suspiro. Ven véte muerte, quítate abrázame.

Mariana de Austria: *Ya déjate matar, Juan Rana,*

*que no te cuesta nada.*

Juan Rana: Ay, que me mata el artificio de vuestra palabra. Ay, señor Rey, que si salgo de ésta vivo yo prometo ser ventero. (Se queda lívido.)

Felipe IV: Pobre figura helada de un gracioso magnífico. Por último acuerdo yo quisiera esta noche perpetua despedirme de mi amigo Juan Rana. (A Juan Rana.) Que tus razones vivan más que tu sombra, Juan Rana.

Juan Rana: (Inmóvil.) Y las vuestras, señor. (Lo cubre la oscuridad.)

Felipe IV: (A Mariana de Austria.) Demorad unas horas su muerte, dormiréis sobre ello y tomaréis acuerdo.

Mariana de Austria: (A Felipe IV.) Vos también, quedaos quieto.

Felipe IV: Decídmelo otra vez, soy un hombre de sangre real pero de lento aprendizaje.

Mariana de Austria: (Con un ademán lo petrifica.) Que os quedéis quieto. (A criaturas invisibles.) Ayudadme a danzar. (Se oye un planto fúnebre. Danza.)

Bernarda Ramírez: Nosotros, ¿qué haremos?

Mariana de Austria: Representaréis el amor.

Sebastián de Prado: Aquí estamos.

Mariana de Austria: Os daréis el último abrazo.

*Dánse el último abrazo. En la oscuridad que los va envolviendo, mientras se funden en un solo cuerpo, en un solo bulto voluptuoso, en una sola sombra, se oyen sus voces:*

El: Exploremos nuestra muerte como un camino.

Ella: Desvanecidos los cuerpos, sólo vive el amor.

El: Engañado estaba con las tapadas de Madrid que daban el gato pur liebre y la dueña pur doncella.

Ella: Y yo con los truhanes y chocarrereros de Madrid que burlaban a las damas de las compañías.

El: Ya soy nadie.

Ella: Yo también.

El: Haz la muerte conmigo.

Ella: Hagámosla.

*Una luz parda ilumina el espejo: las meninas, los enanos, la señora de honor y el guardadamas salen con la infanta Margarita María al encuentro de Mariana de Austria y de Felipe IV, que cobra de nuevo movimiento. En el espejo queda Diego Rodríguez de Silva y Velázquez en solitario esplendor. Hay música y danzas Otra comedia comienza.*